

LIBROS

Nivaria Tejera: «Que cada cual descomponga la escritura como quiera»

La ganadora del Premio Biblioteca Breve 1971, Nivaria Tejera, nació en Cienfuegos (Cuba) hace treinta y nueve años. En 1934, su familia —la madre, cubana; el padre, canario y linotipista— se traslada a Canarias, desde donde asiste a la guerra civil española. Su padre es encarcelado hasta 1944, en que la familia regresa a Cuba.

NIVARIA TEJERA.—La experiencia que para mí representó la guerra puede condensarse en una noción vivísima de lo justo y lo injusto. Comencé a escribir en cuanto alcancé un cierto uso de razón. Mi padre era un intelectual frustrado con todas las de la ley, y él me impulsó, me estimuló. Se daba una circunstancia, y era que él iba perdiendo la memoria, mientras que en mí los recuerdos ganaban nitidez día a día. La escritura se convirtió para mí en la única posibilidad de manifestación de una sensación interior. Así comencé a cobrar confianza y a plantearme hasta dónde podía llegar. Al cumplir los dieciocho años me trasladé de Cienfuegos a La Habana. La Habana es muy pequeña, apenas cuatro esquinas, y en seguida se conoce a todo el mundo. Conocí a Fhayad, a Retamar —éste estaba un poco distanciado, más cercano a Lezama y a la revista *Orígenes*—, a Padilla, a Lisandro, a Cabrera Infante, a Luis Marré —un campesino puro de una inteligencia feroz, a quien diez líneas le exigían una concentración tremenda—. Formábamos la generación más joven, la que descoló con la Revolución. La otra generación era la de Lezama y la revista *Orígenes*, que sólo admitía a aquellos cuya inteli-

gencia alcanzaba las cotas exigidas. En La Habana descubrí a Vallejo y la liberación del lenguaje. A Neruda. De las *Cartas de Rilke* sólo había un ejemplar, y para mí constituyó una revelación. Rilke me estremeció, me cogió, me zandó y me puso en mi sitio. Rilke era el rigor obstinado, como luego descubrí en Mallarmé. Durante los primeros años de la década de los cincuenta me dediqué a interpretar a Lezama. Luego, en mil novecientos cincuenta y cuatro, me fui a París, donde logré que Nadeau me publicara en francés mi primera novela, «El barranco», sobre mi experiencia infantil durante la guerra. Cuando triunfó la Revolución, cogí el primer avión y regresé a Cuba.

mil novecientos sesenta y cinco me di cuenta de que yo ya era sustituible. Y entonces abandoné el cargo para dedicarme a la escritura, que es el único quehacer que verdaderamente me llena.

T.—Y fija su residencia en París. ¿Qué hace allí?

N. T.—Trabajo en el Museo de Historia Natural, en el Departamento de Botánica. Es un empleo que me cedió un amigo, y no es una cosa espléndida: está pensada más bien como una ayuda. Tengo que cubrir quince horas de trabajo semanales como quiera: en una jornada, o en dos o tres. Luego estoy libre para escribir. Yo me pongo a escribir todos los días, aunque luego sólo me salga un par de líneas.



TRIUNFO.—Entre mil novecientos cincuenta y nueve y mil novecientos sesenta y cinco, Nivaria Tejera desempeña el cargo de agregado cultural del Gobierno revolucionario en París y Roma. ¿Por qué abandonó el puesto?

N. T.—Durante aquellos años, mi entrega a la Revolución fue total, como lo requerían las circunstancias. Eché la llave a los libros. No podía coger a Kafka porque me parecía la dispersión. Fueron unos años absolutamente agotadores, en los que había que hacerlo todo y hacerlo bien, responsablemente. Pero en

zarina escenografía de una Cuba prerrevolucionaria.

T.—«Sonámbulo del sol» viene a ser algo así como el contrapunto de «Tres tristes tigres», de Cabrera Infante. Esta era una novela nocturnal y dionisíaca, nostálgica y rebusante de alcohol, mientras que la tuya es absolutamente diurna, diurna de una manera casi implacable.

N. T.—Sí; yo creo que ambas se complementan, forman un libro, en el sentido de que para que existiera lo que Cabrera contaba tenía que darse lo que yo narro.

T.—Sidelfiro, el protagonista, se mueve entre el paro y el pluriempleo, entre un torbellino de imágenes y un estupor abisal; hay momentos en que no comprende nada y relámpagos en que comprende todo y más...

N. T.—El ser humano comprende más de lo que uno se imagina. Un individuo se compone de muchos desconocidos, cuya amalgama se ve configurada y desfigurada por el medio. Y en nuestros países el medio es el sol, las dictaduras, el ambiente social fugacísimo; fugacísimo hasta el ridículo, en el que la juventud se siente desarraigada y muriéndose de hambre.

T.—¿Era esa vuestra situación antes de la Revolución?

N. T.—Sí, y mi novela vendría a ser entonces una especie de investigación antropológica sobre una situación generacional de finales de la dictadura batistiana, inmersa en un subdesarrollo cultural.

T.—Tu experimentalismo, apoyado en elementos poéticos, apunta, al parecer, hacia un tipo de reflexión sobre la escritura, sobre el acto de escribir, similar en ciertos aspectos al de los «telquelistas».

N. T.—Bueno, con respecto a los elementos poéticos te diré que yo encuentro en Kafka mucha poesía. La poesía recorre todas las cosas. Y el hecho de que en mi novela aparezca unas veces en disposición vertical y otras en horizontal obedece únicamente a una cuestión de puro respiro. Con respecto a los «telquelistas», yo estoy de acuerdo en lo de la descomposición de la escritura; ahora, que cada cual la descomponga como quiera. ■ E. CH.

Antonio Rabinad o la vida furtiva

A «... los amores furtivos de los hombres» se refería el gran Catulo en sus mensajes poéticos a Lesbía. El adjetivo furtivo es muy completito y, sin embargo, ha dormido en el fondo de nuestra memoria literaria sin demasiado empleo. En los años cincuenta, la aparición de «Los contactos furtivos», de Antonio Rabinad, indicaba, ya desde el título, una manera poco al uso de manipular la realidad literaria. Este libro se escribió hace veinte años, cuando Antonio Rabinad sólo tenía veinticuatro. Ganó entonces el Premio Interralés, patrocinado por aquel coloso circunstancial que fue el editor Janés. No se publicó hasta 1956, y la novela apenas trascendió del reducido círculo de los alumnos de la Escuela de Periodismo de Barcelona, por el hecho de que Rabinad había pasado fugazmente por sus aulas. Lef en 1958 «Los contactos furtivos»; me pareció una obra de importancia no menor a la que empezaba a darse en los grupos de novelistas críticos de Madrid y Barcelona. Pero Rabinad no entró en el pequeño Olimpo; emigró a Latinoamérica y volvió hace pocos años. Desde entonces ha publicado un par de libros en Seix y Barral, y ahora se ha decidido a reeditar «Los contactos furtivos» estilísticamente muy remozada. Trece años después de la primera lectura no varía el juicio. Estamos ante un libro que debió ser importante, y si no lo fue sólo cabe atribuirlo a la anomalía perpetua de la gestión literaria española. Rabinad es un gran retratista del «temple existencial» de nuestra posguerra. No esculpe bajo relieves tremendistas como el Cela de «La colmena». Desde el fondo del pozo de aquella España tristísima, precaria, furtiva, acorjonada, agarrada, Rabinad plasma un tiempo vivencial, medido a través de la semiinvalidez física del profesor Doriac o a través de la semiinvalidez espiritual del chupatintas Rodell. Desde la estructura básica de un barrio barcelonés al borde de la «otra» Barcelona que crecía al ritmo de las oleadas de inmigrantes, los

personajes de Rabinad llevan en sus componentes la tristeza, la frustración de un mundo demasiado zarandeado por la guerra civil y por la asfixia histórica en la que pretenden sobrevivir. Ya no se trata de la sordidez dostoyevskiana, sino de esa sordidez pequeña, sin grandes arrebatos de violín, que entre nosotros sólo había sabido describir el mejor Fernández Flórez. Las almas muertas de Rabinad, sus pobres gentes laborables, endomingadas, están en la prehistoria de la charanga y la pandereta del «bluff» consumista español. Todo para ellos es poco, y lo poco, precario. No saben amar ni vivir; los contactos con la realidad son furtivos, como los apocados roces eróticos de los cines, en la oscuridad, ante el espectáculo de una realidad distante que casi siempre parece cosa de otros.

Me declaro totalmente partidario de la obra de Cela, y esa justicia no impide reconocer que en «Los contactos furtivos» ya estaba la superación del celismo. La posición del escritor ya era, en «Los contactos furtivos», un paso adelante; más allá del protagonismo chulón del gran Camilo o de la cámara subjetiva de la Carmen Laforet de «Nada». Rabinad, con menos sabiduría lingüística que Cela y con menos tema que la Laforet, se aplicaba a describir una atmósfera colectiva a pesar de que la polaricen Doria y Rodell. Tras la lectura de la novela, a uno le parece volver a la agonía existencial de los que eran adolescentes o adultos en el tránsito de los años cuarenta a los cincuenta. Es una macabra recuperación de un mundo que los niños de entonces teníamos encima como una costra ajena que intentaba impedirnos crecer para siempre. Releer «Los contactos furtivos» equivale a recuperar aquel asco sin palabras. Y siempre es aleccionador comparar el asco de entonces con el de hoy. El asco histórico ha crecido con nosotros, levemente modificado. ■

M. VAZQUEZ MONTALBAN.

Falange y literatura

Con la publicación de la antología Falange y literatura

resume José Carlos Mainer una difícil tarea, cuyo sentido había quedado ya bosquejado en anteriores colaboraciones en la revista *Insula*: efectuar un aproximación crítica a la cultura española de los años cuarenta. El tema de la concepción cultural subyacente al movimiento falangista y las modificaciones introducidas en la misma por la guerra y sus secuelas políticas tenían, hasta el momento, sólo un lugar en el margen de los relatos autobiográficos (o de autocritica) y en las crónicas generales de la guerra y el partido. El primer interés del libro de Mainer consiste, pues, en presentarnos una visión ordenada y coherente del problema, un primer balance sobre el que será posible montar investigaciones monográficas o generales de mayor extensión, con un distanciamiento del que hasta hoy se había carecido.

En el extenso estudio preliminar que precede a los textos seleccionados, Mainer intenta precisar los componentes ideológicos y formales del lenguaje literario que Falange incorpora en los años treinta. A su juicio, los antecedentes serían el noventayochismo, el nacionalismo castellano de cierta historiografía liberal (Menéndez Pidal) y Ortega, al lado, por supuesto, de los movimientos totalitarios en auge en Europa. El papel de precursores estuvo reservado a Ernesto Giménez Caballero, fundador en 1927 de *La Gaceta Literaria* y más tarde uno de los más prolíficos pensadores del Movimiento, y a Luys de Santa Marina. A partir de 1931, con la aparición de *La conquista del Estado*, de Ledesma, hasta julio de 1936, la definición del lenguaje y la ideología falangistas se confunden con la génesis y desarrollo de la propia organización.

La prolongación del trabajo de Mainer, entre el estallido de la guerra y 1950, constituye la aportación más valiosa, en la medida en que la visión anterior a 1936 figura ya, con más o menos precisión, en las biografías y trabajos de carácter político. En cambio, las publicaciones posteriores al 18 de julio, en particular las de sesgo cultural, apenas

eran conocidas, a pesar de su carácter de órganos de la evolución ascendente, primero, y de la crisis parcial de conciencia, más tarde, de Falange, reflejando la evolución política del país. Dentro de su concisión, las notas que dedica Mainer a «Jerarquía», «Vértice», «Destino» y «Escorial», o a la vida literaria en la España de 1940, permiten seguir con nitidez el cambio en el sustrato y en la proyección



cultural del nuevo régimen. La evolución conocida de «Escorial» cobra en este contexto pleno significado: «La relativa contradicción entre los dogmáticos propósitos iniciales —“la propaganda de la alta manera”— y los resultados finales —una revista liberal casi prototípica— habla claramente de las limitaciones, las angustias y las indecisiones del grupo literario que le dio origen, atezado entre una vocación intelectual de signo liberal y el atractivo señuelo de la revolución nacional y una suerte de totalitarismo del espíritu». Paralelamente, y en otro sentido, surgían las publicaciones de Juan Aparicio, «El Español» y «La Gaceta Literaria», y, en el plano de la teoría política, la «Revista de Estudios Políticos», tal vez la que encuentra un tratamiento menos adecuado en las páginas de Mainer. Los cambios políticos y, consecuentemente, culturales

de 1951 marcan el límite de una investigación que, a pesar de su especialización literaria, aparece como contribución excepcional al conocimiento de la sociedad española de la posguerra. Nuestra única observación crítica consistiría en pedir mayor precisión en el empleo de la calificación de «falangistas» y «liberales» a partir de 1940.

La edición de Falange y Literatura ha sido seguida por dos libros, en cierto modo convergentes en el tema, a pesar de las distancias formales y de enfoque, cuya salida debe al menos mencionarse. Uno es el libro de Juan Velarde *El nacionalindustrialismo cuarenta años después*, conjunto de ensayos en que el autor presenta un intento de conciliar una investigación histórica sobre el nacimiento de Falange y la posible validez de su ideario en la actualidad, del que queda en pie, en todo caso, la premisa de una necesaria revisión del jonsismo y de la génesis real de Falange (no sólo de unos antecedentes ideológicos ya conocidos). Por último cabe destacar la publicación, en el marco del coloquio «Las ideologías en la España de hoy» (Seminarios y Ediciones, 1972), de una espléndida ponencia de Carlos Moya sobre el papel de la institución familiar en las ideologías autoritarias en torno a 1930. ■ ANTONIO ELORZA.

El delito fiscal

El Círculo de Estudios Jurídicos ha editado recientemente, siguiendo la trayectoria ya iniciada en años anteriores, el texto correspondiente al coloquio celebrado los días 24 y 25 de mayo del pasado año sobre el «Delito fiscal», tema que tiene en la sociedad española actual una especial significación. En dicho coloquio, organizado también por el Círculo de Estudios Jurídicos que preside Pedrol Rius, participaron, entre otros, Jaime García Añoveros, catedrático de la Universidad de Sevilla; Matías Cortés Domínguez, catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid; Alberto Ballarín Marcial, Je-

sús Aguirre y Juan del Rosal, catedrático de la Universidad Complutense de Madrid.

Las principales conclusiones del coloquio, recogidas también en esta reciente publicación, revelan ya los más urgentes obstáculos que, de acuerdo con las exigencias de un Estado de Derecho, han de ser superados para hacer posible un tratamiento más equitativo del delito fiscal. Por su especial interés se recogen a continuación:

— La aplicación rígida del principio «solve et repete» paraliza el ejercicio del derecho de defensa del contribuyente.

— Es necesario un control más efectivo del gasto público.

— Las sanciones en las infracciones tributarias no pueden concebirse como un instrumento recaudatorio, sino como un instrumento de justicia. Quienes piensen, por tanto, que debe establecerse el delito tributario con objeto de facilitar la recaudación están desvirtuando la aplicación de la pena y su finalidad propia, que no es la de producir una mayor recaudación.

— Ante la falta de tradición en la materia hay que crear una conciencia social que —como la que se produce alrededor del contrabando— contemple la infracción fiscal con decidida repulsión.

— Desde el punto de vista de la justicia fiscal, debe equilibrarse el lenguaje entre la Administración y el administrado, y, por tanto, no puede preponderar la supremacía de aquélla, como ocurre actualmente en nuestro Derecho Tributario.

— Corresponde a la Administración dar ejemplo de sensibilidad en el cumplimiento de sus deberes y en el reconocimiento de sus propias responsabilidades frente al contribuyente. Este reconocimiento de responsabilidad y la subsiguiente reparación, aunque proclamado en textos positivos, todavía no se ha incorporado de manera efectiva al derecho vivo de la sociedad española. ■